

Santiago es un ingeniero que todos los viernes se iba de fiesta y ahora, en el encierro, es de los momentos que más extraña, después de pasar horas frente al computador. Hace unas semanas retomó el contacto con un grupo de amigos de varios países, con quienes hizo un curso en otra ciudad, y decidieron reunirse por Zoom. Cada uno compró algo de tomar y comer y se pusieron a charlar a gusto. Lo hicieron por varios viernes hasta que la reunión se volvió monótona. ¿Qué pasaría si a Santiago y a sus amigos les llegaran invitaciones físicas para experiencias culturales y creativas virtuales por domicilios a sus diferentes ciudades de residencia? ¿Y si esa invitación contuviera un kit con una guía para disfrutarla mejor? ¿Cómo podríamos mantener la experiencia del arte en la virtualidad usando los elementos que se han vuelto parte de la nueva normalidad? Este no es solo un reto que nos planteamos por una coyuntura, sino una idea que puede darle un respiro creativo a quienes necesitan hacer posible y sustentable su proyecto por más tiempo que una cuarentena.